finales 1977

DEMOCRACIA BURGUESA: MITOS Y REALIDAD

Democracia, libertad, igualdad... Hace tiempo que las clases explotadoras, ansiosas de afianzar su dominio, vienen utilizando estas consignas de los movimientos revolucionarios populares.

El socialismo y el capitalismo como sistemas sociales opuestos que son se caracterizan por tener sus respectivos tipos de democracia. La forma como se desarrolla actualmente cada uno de estos tipos pone de manifiesto de manera determinante la vitalidad del sistema social en su conjunto. Los graves fenómenos críticos que presenta la actual vida de la sociedad burguesa, comprendida su superestructura política, sobresalen más si se los compara con los progresos obtenidos por el país soviético y otros Estados socialistas.

¿ A QUIEN PERTENECE EL PODER ?

En la sociedad con antagonismos de clase la estructura del poder siempre desempeña un papel secundario respecto al contenido de ese poder: el dominio de clase. Sea cual fuere la forma política de este dominio (gobierno parlamentario con todos los atributos democráticos o régimen despótico del poder individual), su esencia es, en resumidas cuentas, una misma: la dictadura de la clase dominante. La posesión de la gran propiedad ha sido y sigue siendo el medio que determina el acceso a las palancas del poder. "La democracia... mientras los capitalistas conserven sus propiedades, ese concepto estará penetrado de hipocresía" (Lenin).

Las uniones de empresarios y otras asociaciones imperialistas, especie de cuarteles generales del capitalismo monopolista de Estado, son verdaderos arquitectos del poder que orientan la política interna y exterior de sus Estados. D. Olson y Ph. Meyer, científicos norteamericanos, reconocen que las corporaciones privadas son esencialmente "instituciones de gobierno, iguales a las instituciones políticas oficiales de carácter nacional y en muchos casos hasta son superiores a éstas, porque en gran medida controlan la vida de sus trabajadores asalariados y de consumidores... y definen los objetivos nacionales y la dirección". En la sociedad burguesa de nuestros días el poder interviene en el desarrollo económico y lleva a cabo reformas sociales y económicas en interés, ante todo, de los capitalistas. La burguesía monopolista se afianza en los principales eslabones económicos, militares, diplomáticos y administrativos del aparato estatal. En esto se interesan especialmente los fabricantes de armas porque a través del Estado pueden obtener nuevos pedidos que les aporten fabulosas ganancias. Los complejos de la industria militar vienen concentrando un poder real cada vez mayor.

Los ideólogos de la burguesía suelen especular con la existencia del pluripartidismo en los países capitalistas, con la competencia que existe entre los partidos, lo cual, según ellos, es la garantía de la democracia. Pero en última instancia, la "riña" entre los partidos, en vista de la creciente sujeción de éstos al gran capital, queda reducida a duelos ostentosos pero fútiles que, como dijera Lenin, buscan "engañar a las masas con su rótulo democrático", "apartarlas de la teoría y la práctica verdaderamente democráticas".

Los capitalistas y sus ideólogos dicen que el derecho al sufragio universal y el parlamento son casi la máxima encarnación de la soberanía popular. Pero ellos hacen todo cuanto está a su alcance para que las instituciones representativas, donde suelen figurar "personas necesarias", no se salgan demasiado de las tradicionales discusiones parlamentarias. En los últimos años los sistemas electora-

Archivo Histórico

les de los Estados capitalistas han sufrido algunas modificaciones, han adoptado o aflojado muchas restricciones electorales bajo la presión de las masas que defienden con tesón sus derechos. Pero esto no ha impedido a los gobernantes maniobrar y valerse con maña de las nuevas "reglas del juego". Aún existen bastantes factores que restringen abierta y disimuladamente los derechos de los trabajadores.

Por ejemplo, en la RFA las limitaciones al derecho electoral que se expresan en la fijación de la sacrosanta barrera del 5% (los partidos tienen que obtener como mínimo el 5% de los votos) en realidad hacen imposible que la mayor parte de los electores decida el desenlace de las elecciones.

Es sintomático que en la sociedad capitalista parte considerable de los electores no desee participar en la votación, sobre todo en los EE.UU., donde a veces más de la mitad de los electores no acuden las urnas electorales. Por ejemplo, en 1.974, en las elecciones al congreso participaron sólo 83 millones 200 mil, de los 141 millones 300 mil ciudadanos con derecho al voto, o sea, el 43%. En las presidenciales de 1.976 se confirmó que el número de sufragantes va disminuyendo. En las elecciones presidenciales de 1.960 participó el 60,9% de los electores; en las de 1.972 el 55,6% y en las del año pasado el 53,7%.

¿Porqué muchos norteamericanos, una vez suprimidas varias restricciones y elevado su nivel de escolaridad, se niegan a votar? Los científicos burgueses mencionan entre las causas principales la creciente desconfianza de los ciudadanos en las elecciones como método de participar en la adopción de soluciones políticas; desconfianza en "candidatos prometedores" que en vísperas de elecciones hacen promesas que nada tienen que ver con sus obras posteriores; en el sistema político que se desacredita cada vez más. La no participación en las elecciones constituye un boicoteo activo, una protesta contra el burócrata, en muchos aspectos burocrático, de la tradicional democracia burguesa.

En EE.UU., Japón y otros Estados burgueses el sistema electoral hace que el éxito de los candidatos frecuentemente esté determinado no tanto por las plataformas políticas como por la fuerza de las organizaciones que los apoyan, ante todo, por los medios financieros de que disponen. También es necesario tener presente que medios tan poderosos como la prensa, la radio y la TV siempre están a disposición de la burguesía en los debates y campañas electorales. Los monopolios subordinan cada vez más a sus intereses las investigaciones sobre opinión pública, para conocer datos suficientemente fiables planificar sus acciones políticas (las elecciones, por ejemplo) y poder captar los estados de ánimo de los diferentes grupos y estratos de la población. Los organizadores de las campañas electorales recurren a métodos sensacionalistas, a veces en las biografías de sus candidatos destacan detalles insignificantes, utilizan trucos netamente publicitarios y pretenden explotar al máximo los factores emocionales de los electores.

Con el llamo de "libre juego de las fuerzas políticas" y otros recursos demagógicos buscan mantener en pie el mito sobre la participación del pueblo en el ejercicio del poder estatal. Pero de hecho los representantes de las clases y estratos pudientes continúan dominando en los parlamentos burgueses.

Es de señalar que el capital monopolista no se conforma con su representación directa en el parlamento, se empeña en controlar cada vez más rígidamente las funciones legislativas, empleando con astucia su influencia y contactos "informales" en la presión que ejerce sobre los mismos diputados. Se trata, en particular, del sobornable, o sea, de las intrigas que un grupo de personas -por lo general, nego-

Archivo Histórico CCOO

ciantes, abogados, ex diputados o funcionarios bien pagados- lleva a cabo para influir sobre los parlamentarios. No sólo en los EE.UU. sino también en otros países, semejantes grupos son, en rigor, "terceras" cámaras parlamentarias y hasta "segundos" gobiernos. Uno tras otro estallan tremendos escándalos que tienen por fondo la venalidad, la corrupción y la dilapidación de fondos públicos que se dan entre los parlamentarios y funcionarios del Estado.

LA CRISIS DEL PARLAMENTARISMO

Hace poco más de un año en Ginebra se celebró un simposio auspiciado por la Unión Interparlamentaria, que tuvo como temario "¿Quienes dictan las leyes en el mundo contemporáneo?". En el informe central, a cargo de A. Chandernagor, diputado de la Asamblea Nacional de Francia, se señalaba que en la práctica muchos de los más importantes poderes parlamentarios vienen siendo transferidos cada vez con mayor frecuencia a los órganos ejecutivos.

En la discusión se perfilaron con nitidez dos líneas. Los representantes de los Estados capitalistas se refirieron a las serias dificultades que vienen enfrentando los parlamentos, a la cada vez más creciente falta de información y la amenaza directa que la tecnocracia representa para las instituciones constitucionales. Subrayaron que el gobierno es el verdadero legislador. Por su parte, los representantes de los países socialistas en sus intervenciones demostraron convincentemente que en el socialismo el gobierno y el parlamento no están enfrentados, que en la elaboración y adopción de las leyes la palabra decisiva corresponde a los diputados, independientemente de quién presente la moción.

Desde el punto de vista de la doctrina oficial el diputado, por supuesto, sigue siendo hoy figura central de la representación parlamentaria burguesa. Pero su condición real pone en evidencia cada vez mayor, la inseguridad de las doctrinas oficiales, porque en el sistema burgués la selección misma de los candidatos limita muchísimo las posibilidades que el elector corriente tiene de influir eficazmente en la conformación del cuerpo de diputados. Muchos diputados están desligados de la vida de sus electores y de los acuciantes problemas que inquietan al pueblo. "Teóricamente y conforme a la ley los miembros de la Cámara de los Comunes representan en forma absoluta la soberanía -escribe A. Sampson, autor de un estudio sobre la Gran Bretaña de nuestros días-. Pueden investigar a los funcionarios públicos, encarcelar a los directores de diarios y exigir que se diga blanco a lo negro. Los jueces están dispuestos a interpretar las leyes que expide la cámara y los funcionarios están prontos a cumplirlas. Pero en la práctica la soberanía del parlamento se pierde en los intrincados laberintos que rodean el poder".

Los políticos e ideólogos burgueses no desean denunciar las verdaderas causas de la crisis que vive el parlamentarismo y pretender salir del atolladero modernizando solamente la estructura orgánica. Pero esto no afecta la médula de los pilares sobre los que están montado el sistema parlamentario burgués. Al mismo tiempo las clases explotadoras no pueden dejar de tener en cuenta el creciente descontento y empuje de las masas trabajadoras; la élite gobernante para obtener votos a veces se ve obligada a promover consignas seductoras y dar un barniz progresista a sus programas.

La burguesía monopolista utiliza el parlamento como instrumento principal que le permite grantizar sus intereses, lo concibe como un órgano que, por una parte, le ayuda a interpretar la voluntad general de clase de la burguesía, dándole a ésta la forma de leyes "nacionales", y, por otra parte, a desviar las masas populares de la lucha que libra por su emancipación social.

Archivo Histórico
CCOO
comisiones obreras de Andalucía

Los trabajadores luchan por impedir las arbitrariedades de los poderosos y cada vez con mayor decisión se enfrentan a la reacción. La lucha política, comprendida la electoral, ha enseñado mucho a la clase obrera y a los partidos comunistas. Hoy en los países donde existe un movimiento obrero bien organizado la burguesía no está siempre en capacidad, ni muchos menos, de mantener el desarrollo de los acontecimientos en un plano relativamente inofensivo para ella. Hoy, como lo han puesto de manifiesto las elecciones parlamentarias y municipales de Francia, Italia y algunos otros países, los trabajadores están alcanzando determinados éxitos cuando obran unidos en el seno de las fuerzas progresistas. La utilización de todas las formas de lucha de clases ayuda a los trabajadores a defender sus conquistas democráticas y a resistir la ofensiva de los monopolios.

LA DEMOCRACIA Y LOS DERECHOS DEL HOMBRE

La concepción del mundo burgués, "la libertad individual" absolutizada, el individualismo a ultranza constituyen el punto de partida en la interpretación burguesa de la democracia y los derechos del hombre. Pero lo cierto es que sin garantizar en la práctica los principales derechos civiles -el derecho al trabajo, a la educación y a la asistencia material en la vejez-, sin asegurar la libertad de palabra, la libertad de conciencia, la igualdad ante la ley -independientemente de la nacionalidad, condición material y creencias religiosas- sin tener los ciudadanos la seguridad firme en el mañana, el hombre no puede tener una existencia digna. Esto es precisamente lo que no asegura ni puede asegurar el capitalismo.

El capitalismo significa que los trabajadores dependen de la clase propietaria de los medios de producción, de la burguesía. En esas condiciones, y a diferencia del socialismo, la "prosperidad general" ha sido y sigue siendo una utopía, en medio de la real inestabilidad política y económica, del real empobrecimiento espiritual de la sociedad. El desempleo, complicado con la incontenible inflación y la vertiginosa alza de los precios en los artículos de consumo, se ha convertido en verdadera tragedia para 18 millones de ciudadanos de los países capitalistas. En esta forma la vida ha venido disipando implacablemente el mito sobre la sociedad de "posibilidades iguales".

La democracia socialista es ante todo una activa participación de los trabajadores en la gestión de los asuntos sociales y estatales, participación garantizada por todo el régimen socialista; es la libertad frente a la explotación, es el derecho al trabajo, al descanso, a la educación gratuita, a la asistencia médica y a la asistencia material en la vejez; es la justa solución a la cuestión nacional. En el socialismo la democracia se expresa en los objetivos históricos, tareas y funciones del Estado, en la defensa de las conquistas de los trabajadores y en la lucha por la paz, la colaboración internacional, la libertad y la independencia de los pueblos.

El modo de vida burgués tiene como rasgos característicos, por una parte, la concentración de incalculables riquezas en manos de un reducido sector de individuos, y, por otra parte, la penosa situación material que viven decenas de millones de trabajadores. En cualquier país capitalista las calamidades que sufre la mayoría de la población no radican en la mala suerte, como pretende demostrarlo la propaganda burguesa, sino en el propio sistema social que sirve los intereses de los monopolios.

Los teóricos burgueses y los reformistas suelen presentar la actividad social del Estado capitalista (alza del salario mínimo, aumento del fondo para desempleo,

Archivo Histórico CCOO comisiones obreras de Andalucía

etc.) como sacrificios económicos en favor de los trabajadores. Pero en realidad con esas medidas socioeconómicas que sólo en cierto grado y por algún tiempo alivian la situación de las masas, el Estado burgués busca apartar el golpe dirigido contra los monopolios y amortiguar la lucha antiimperialista de los trabajadores.

El aumento de medidas sociales no tiene su origen en consideraciones humanitarias de ninguna especie y menos aún muestra que la naturaleza de clase del capitalismo haya cambiado; las medidas están determinadas, ante todo, por la intensa lucha que la clase obrera y todos los trabajadores sostienen por sus derechos, son medidas arrancadas, literalmente, a la burguesía.

Empeñada en adaptarse a las nuevas condiciones internacionales y nacionales de varios países capitalistas, la burguesía monopolista cada vez con mayor frecuencia se disfraza de defensora de la democracia y el humanitarismo y trata de camuflar por todos los medios su naturaleza explotadora. Los ideólogos de la burguesía se presentan como los defensores de la "autorrealización del hombre", lo cual, según ellos, no equivale en la práctica a que el hombre se libere de la explotación y la opresión ni significa que él satisfaga sus demandas materiales y espirituales, sino que tiene como máxima expresión conceder al "ciudadano libre" la posibilidad de "adoptar autónomamente las resoluciones" y "compartir las responsabilidades". La siguiente manifestación de Helmut Kohl, presidente de la Unión Democrática Cristiana germano-occidental, muestra lo que se oculta detrás de eso: "Quien aspira a una sociedad libre, debe resignarse con la desigualdad social".

La crisis que vive la democracia burguesa se manifiesta cada vez más en que la legalidad, elemento inalienable de la democracia política, está siendo reemplazada por la arbitrariedad y burdas violaciones a los derechos humanos. Cada vez son mayores las presiones sociales, económicas, políticas y relacionadas con los derechos y libertades civiles, que están sufriendo los trabajadores. Si bien las fuerzas progresistas luchando intensamente en los últimos años han logrado determinados éxitos en defensa de sus intereses, cada vez son más frecuentes los atentados de la burguesía monopolista contra sus derechos civiles. Así lo han demostrado las ilícitas actividades que desarrollan la CIA y el FBI, en los EE.UU., la purga de "elementos radicales" en la RFA, etc. Hoy día, hasta la democracia restringida no gusta a los magnates del capital, quienes, como lo han evidenciado los acontecimientos de Chile, están dispuestos a pisotear sus propias leyes, anegar el país en sangre y cometer cualquier crimen con tal de defender sus intereses egoístas.

XXX

Al analizar la crisis de la democracia burguesa, es importante señalar que esta democracia de por sí no es ni puede ser un serio obstáculo para la reacción. Tanto los regímenes burgueses liberales como los abiertamente autoritarios tienen, en resumidas cuentas, una misma base, la propiedad privada, engendro del modo capitalista de producción y constituyen la forma política del dominio de la burguesía. También es necesario tener plenamente en cuenta que el imperialismo no frena el desarrollo del capitalismo y el crecimiento de las tendencias democráticas dentro de las masas, sino que agudiza el antagonismo que se presenta entre estas aspiraciones democráticas y la tendencia antidemocrática de los trust.

Naturalmente, los marxistas-leninistas no son indiferentes, ni mucho menos, ante la forma de Estado y el régimen político, en cuyos marcos el proletariado tiene que luchar por su emancipación. Los fundadores del marxismo-leninismo siempre insistieron en la necesidad de luchar por la democracia que abre grandes posibilidades a la lucha por el socialismo. En los países capitalistas las masas populares,

Archivo Histórico
Comisiones Obreras de Andalucía

encabezadas por la clase obrera y su vanguardia, batallan con tesón por la democracia para los trabajadores. En la actual etapa esta batalla tiene como peculiaridad la decidida lucha que libran las masas por renovar sustancialmente las instituciones democráticas y ampliar los derechos y las libertades. Los comunistas plantean extender la democracia a la gestión económica y realizar radicales transmofrmaciones que den nuevo contenido a las formas democráticas, mientras politizan y preparan las masas para que éstas puedan administrar las riquezas y manejar el destino de sus respectivos países. Sin suplantar a la revolución socialista, la lucha por la democracia es un medio muy importante que permite debilitar el capitalismo monopolista de Estado y ofrece resultados que tienen importancia de principio para resolver en el futuro las tareas que plantea la construcción de la nueva sociedad.-

PARTIDO COMUNISTA OBRERO ESPAÑOL

Archivo Histórico
CCOO
comisiones obreras de Andalucía